

Don José Zapiola en la Patria

Por Fernando de la Lastra

ASI sin percatarnos, acaso, ya llegamos al mes de la patria: septiembre, que es también donde desaparece el invierno e ingresa por ese fastuoso pórtico de perfumes y coloraciones, de luminosidades y extraños resplandores la primavera. Señalamos la palabra patria y se nos quedó dando vuelta en la mente un curioso decreto emanado del Director Supremo don Ramón Freire, en el cual se cuestionaba este término. En efecto, no sé por qué motivo se ve precisado a lanzar una proclama exponiendo a la letra: "La voz patria de que hasta aquí se ha usado en todos los actos militares y civiles es vaga y abstracta; no individualiza la nación ni puede producir un efecto tan popular como el nombre del país a que pertenece, ordeno: 1) En todos los actos públicos en que hasta aquí se ha usado la voz patria, se usará en adelante la de Chile. 2) En todos los actos militares y el *quién-vive* de los centinelas, se contestará y usará la voz Chile".

Digamos, entonces, para no contradecir al ilustre militar, en vez del mes de la patria, *mes de Chile*.

Sin embargo, para precisar conceptos, suele ser muy beneficioso consultar el diccionario de la Real Academia Española. El nos señala que la voz "patria" viene del latín y sus acepciones son las siguientes: "Nación propia nuestra, con la suma de cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras, que cautivan la amorosa adhesión de los patriotas, y 2) Lugar, ciudad o país en que se ha vivido. Y patriota es la persona que "tiene amor a la patria y procura todo su bien".

Pues bien, el objeto de estas líneas es otro: recordar al ilustre músico, historiador y memorialista con José Zapiola (1802-1885), nacido en Santiago, hijo del aristócrata argentino don Bonifacio Zapiola y Lezica y de la chilena doña Carmen Cortés.

Son varias las cosas que le debemos a este ilustre y olvidado chileno y que es bueno recordar en este mes de Chile. En primer lugar, sin su concurso no existiría nuestra canción nacional compuesta por su amigo don Manuel Robles. Sabido es que la música de nuestra primera canción nacional patria la compuso este músico notable que además era torero, jugador de billar y del volantín, además de violinista y cantor. O'Higgins le hizo el encargo, a lo que accedió gustoso, y la letra se le encargó a don Bernardo de Vera y Pintado, entrenándose esta "canción nacional" en Santiago el 20 de agosto de 1820. Con el tiempo, la partitura se extravió y la canción pasó al olvido. Empero, José Zapiola, que se la sabía de memoria, la reescribió y fue publicada en la revista "Las Bellas Artes" en 1860. Pero la canción de Robles fue sustituida más tarde por la partitura escrita por don Ramón Carnicer, siendo tocada por primera vez en 1828. Posteriormente, durante el gobierno de don Manuel Bulnes, el ministro Vial encargó, sin decreto, a don Eusebio Lillo, en 1847, que compusiera una nueva letra, la que fue sometida a la aprobación "literaria" de don Andrés Bello, máxima autoridad de esa época.

Pero el coro, no encontrándose otro más elocuente, quedó con el que escribió Vera y Pintado: "Dulce Patria recibe los votos/ con Chile en tus aras juró/ que, o la tumba serás de los libres, / o el asilo contra la opresión." Anotemos que al cantarla suele acentuarse el "contrá"... El original oficial se mantiene en el Museo Histórico Nacional, como también el hermoso piano de don Ramón Carnicer y Batlle, catalán nacido en Lérida en 1789 y fallecido en Madrid en 1855, a los 66 años. Pero volvamos a don José Zapiola.

Por sus grandes conocimientos musicales —fue autodidacta— en 1852 se le nombró director del Conservatorio Nacional de Música y en 1853 fundó el Seminario Musical junto a doña Isidora Zegers, Bernardo Alcedo y

● La lectura de este caballeroso escritor constituye una fiesta, por cuanto nos sumerge de lleno en aquellos apasionantes días precoloniales.

otros. Y algo, todavía, de la mayor trascendencia: a él se debe nuestra hermosísima "Canción de Yungay" (1839), que en nuestra época de colegial era obligatorio cantarla y aprender su letra de memoria.

Este garboso himno, consagrado a los triunfos del ejército restaurador, constituyó un éxito sin precedentes, casi una suerte de Marsellesa. La letra la escribió don Ramón Rengifo. Y fue así que cuando el general Bulnes llegó a Valparaíso de regreso de Lima, el 28 de noviembre, el pueblo lo recibió de manera apoteósica al son del himno de Yungay. Lo propio y con mayores proporciones sucedió cuando el ejército victorioso entró a Santiago. Es lamentable que este himno ya no se cante como antaño ni siquiera en las ceremonias oficiales que conmemora esa festividad o la del Roto Chileno. Don José, en las cosas de la música, se las tenía... Es nuestro Rou-

Nuestra cueca deriva de la zamacueca peruana que habría llegado a Chile el año 1824, talvez un poco antes. Y antes, de la zamba cueca, de origen afroamericano.

get de Lisle, quien compuso el himno nacional de Francia en 1792: un modesto oficial de ingenieros...

Zapiola fue elegido regidor de Santiago en 1871 y en 1872 publicó la primera parte de "Recuerdos de Treinta Años". También escribió "Apuntes Históricos sobre la Música". Pero detengámonos en su primera obra por constituir una pieza clásica dentro de nuestra literatura decimonónica. Y nada mejor que en este mes de Chile, septiembre, cuando comienzan a florecer los dedos de oro.

Tengo a mano esta pequeña joyita literaria en su quinta edición, publicada por Guillermo Miranda — Editor—, Ahumada N.º 51, año 1902. Es un libro, más que interesante, agudo y entretenido y abarca desde 1810 a 1840. Tiene prólogo de don Ventura Blanco Encalada, hermano del ilustre almirante.

Según el prologuista, Zapiola "frisando en los sesenta años, de regular estatura, de un cuerpo vigoroso i entero, con una cabeza que ostenta una frente espaciosa, sobre la cual caen algunos escasos cabellos albos como la nieve, era nuestro amigo, como lo es hasta hoy el alma de las tertulias de la tarde". Y prosigue: "Dotado de una memoria prodigiosa, no olvida ni los nombres ni las fechas, i los apunta con tal precisión que cualquiera creería que acababa de registrar documentos o de curiosear los papeles de una biblioteca". "Pensador juicioso, un tanto pesimista; estusiasta por todo lo que juzga justo; apasionado servidor de las ideas del partido en que vive enrolado, más para satisfacer una necesidad de su vehemente espíritu, que por alcanzar puestos que no ambiciona su holgada medianía, ni honores que llegarían un poco tarde para hacerle carrera; hombre franco i leal, pertenece al número de los que se modifican mejorando, de los que, obrando en todo caso con honradez, no se avergüenzan de enderezar su camino siempre que los guía a un fin que califican bueno". He aquí el bello perfil con que el prócer lo retrata.



"Por sus grandes conocimientos musicales —fue autodidacta— en 1852 se le nombró director del Conservatorio Nacional de Música y en 1853 fundó el Seminario Musical junto a doña Isidora Zegers, Bernardo Alcedo y otros".

Comienza su obra con un capítulo dedicado al Presidente Carrasco. Lo reivindica y defiende. En el segundo, en tanto, se preocupa del aseo y de la salubridad de Santiago, aportando sabrosos datos de esa época colonial. Su memoria se detiene en las páginas siguientes en su estada en la escuela primaria. Describe a sus compañeros, los castigos, los profesores. Los dos capítulos que preceden están dedicados a temas que lo apasionan: "Las fondas i chinganas, la música, el teatro i el baile". Son los más largos. En ellos nos entrega importantes aportes referidos a nuestra cueca, ya nuestra música primigenia. Aquí nos señala que los primeros pianos llegados de España a Chile fueron para don Miguel Pérez de Cotapos, casado con doña Carmen de la Lastra —famosa fue esta tertulia— y el otro para la señora Teresa Larraín de Guzmán, ambos confeccionados en la fábrica de don Juan de Mármol, en Sevilla, en 1792...

Se explaya sobre las fondas. Y referente a nuestra danza nacional, interrogado por don Benjamín Vicuña Mackenna, expresa Zapiola: "Al salir yo en mi segundo viaje a la Argentina, marzo de 1824, no se conocía ese baile. A mi vuelta, mayo de 1825, ya me encontré con esa novedad".

Y en su libro agrega: "Los bailes que nosotros no hemos conocido, pero de que hemos oído hablar en nuestra niñez, son el *paspié*, el *rigodón*, etc. Hemos conocido el *minuet*, la *alemanda*, la *contradanza*, el *rin*, el *churre*, especie de gavota, el vals y las cuadrillas introducidas en Chile en 1819. Como bailes a solo, el fandango y la cachu-

cha, bailada y cantada por primera vez por oficiales y tropa del batallón de Talaveras. Respecto a bailes de chico, recordamos que por los años de 1812 y 1813 la *zamba* y el *abuelito* eran los más populares: ambos eran peruanos.

Por tanto, nuestra cueca deriva de la zamacueca peruana que habría llegado a Chile el año 1824, talvez un poco antes. Y antes, de la zamba cueca, de origen afroamericano.

Otros capítulos están dedicados a don Diego Portales, a quien defiende apasionadamente de los ataques de Larraín, y a la "caída de O'Higgins" el 28 de enero de 1823. Zapiola se muestra como un agudo observador, muy ponderado y riguroso. Amaba sobre todo la justicia. Siendo regidor tuvo, por este motivo, muchos detractores. Según nos señala don Ventura Blanco, "en su exageración llegó un día a negar su voto al proyecto para comprar una copa de plata para premiar al caballo más corredor, mientras no se equiparara con este premio el que se da anualmente al mejor maestro de escuela". "¿Por qué ha de merecer más de 25 pesos un maestro que envejece en el trabajo, ni menos de 300 un fogoso caballo que come, bebe y corre para provecho de su dueño?"

Y así, la lectura de este caballeroso escritor —nunca tiene palabras o comentarios ácidos en contra de nadie— constituye una fiesta, por cuanto nos sumerge de lleno en aquellos apasionantes días precoloniales. Como hecho curioso —y vigente hoy día—, el memorialista relata los temores de un congresista — cuando el Congreso funcionó en el puerto—, en el sentido de denunciar sus "serios temores" de que llegase una expedición española y "agarrara" a todos los diputados y se los llevase a ultramar, para siempre jamás.

También proporciona, al final de la obra, sabrosas "Noticias locales de Santiago". Dentro de éstas, entrega algunos valiosos antecedentes de muchas de las personas que el autor conoció, figurando por consiguiente todos los próceres. Incluso consigna los domicilios donde vivían, lo que daría, por su interés, para otro artículo. Su tacto y discreción son proverbiales.

Zapiola se muestra como excelente escritor, amante de Chile —aunque su padre fue argentino— y con un cabal conocimiento del entorno social e intelectual de la época, por cuanto fue actor y espectador a la vez de los más relevantes acontecimientos. Nunca tuvo ni resentimientos ni odios.

Una nueva edición de este libro fue publicada por Zig-Zag en 1945 y tiene un extenso estudio de Pereira Salas, obviamente agotada. Sería bueno y necesario, por tanto, una reedición de la obra de este hombre tan singular como valioso, cuya lectura sería muy apropiada para este mes de Chile o de la patria. Es un personaje importante dentro de nuestra historia.

Este hombre rudo pero de exquisita sensibilidad aprendió siendo muy niño el oficio de joyero para sobrevivir; sin embargo, su afición a la música lo llevó a estudiar —como adelantamos— este arte por su propia cuenta y enrolarse en las filas del ejército el año 1817, bajo los mandos de San Martín y O'Higgins, en calidad de músico de la banda militar. Cuando asesinaron a Portales, le escribió un hermosísimo y sentido "Requiem" y fue amigo entrañable de Francisco Bilbao y de los enciclopedistas. Tuvo el cargo de secretario al fundarse la Sociedad de la Igualdad y por lealtad a sus convicciones fue a dar con su humanidad a las mazmorras heladas de Chiloé. Falleció este ilustre chileno a la edad de 83 años, respetado por todos, en 1885, siendo Presidente de la nación don Domingo Santa María González. Fue un gran patriota de Chile y sus restos reposan en la parroquia de Santa Ana.